

rosa y cruzando sus bracitos, miró fijamente el boton.

El padre se sonrió tal como deben sonreirse los seres superiores al hombre viendo á un sabio de la tierra que dirige sus ojos armados de un cristal hacia una estrella ó hacia lo interior de un insecto.

Mas, luego el niño reconoció lo inútil de sus esfuerzos, y cogiendo el boton lo abrió, y consideró muy atentamente su interior.

Adelantóse entónces el padre.

—¿Qué es lo que meditas con tanta seriedad? le preguntó.

—¿Cómo un boton se transforma en flor? ¿cómo cogido y lo he deshojado; pero no veo mas que hojitas encogidas y arrugadas, y siento haberlo echado á perder.

—No hay mal en ello, replicó el padre: la naturaleza ha proveido no sólo á nuestras necesidades, sinó tambien á nuestros placeres y á nuestra curiosidad. Ahora sábes que no es tan fácil penetrar sus secretos,

—Pero con esto no he adelantado nada, dijo el niño.

—Aun cuando así fuese, ¿no tenias el sincero deseo de instruirte? Una buena intencion ya es algo bueno en sí mismo: lo restante no depende siempre del hombre, y aun cuando logre su intento, lo mejor es siempre la buena voluntad.

Pasado un momento de silencio, el niño repuso con cierta timidez:

—Decidme, pues, querido papá, ¿de qué manera el boton se convierte en rosa?

—Hijo mio, el boton crece en belleza y en gracia hasta su entero desarrollo; lo demas lo ignoro como tú. La naturaleza nos ofrece la belleza ya formada, y nos oculta la mano con que la produce y la presenta.

El niño volvió á tomar el boton, y dijo á su padre:

—Si el boton puede hacerse tan bello, más bello que todo lo producido por los hombres, ¿por qué no se defiende de las débiles manos de un niño? ¿por qué es á la vez tan poderoso y tan débil?

—Acaso el boton se habrá hecho á sí mismo, Guillermo? preguntó el padre mirando á su hijo con aspecto á la vez sério y suave.

—¡Oh! de ningun modo, respondió, el niño; las flores tienen seguramente como nosotros una madre y un padre que las alimenta, las cuida y las cria.

—El mismo padre que nosotros, replicó conmovido el padre, sinó que nosotros no le vemos; pero probamos su poder y su amor en nosotros y al rededor de nosotros.

Así habló el padre, y sus palabras penetraron en el alma del niño, el cual acababa de recibir un tesoro en su corazón.

Desde este tiempo, Guillermo vió en los rosales y en las flores de los campos los miembros silenciosos de la gran familia en relacion íntima con el hombre, y creció en edad, en prudencia y en gracia.

El padre conservó en su corazón las palabras del hijo, y las repitió á su tierna madre.

—¿Cuán fácilmente, dijo ella, se eleva á las más altas verdades la sencillez inocente.

Bn-M.

MORAL.

Cien cuentos morales para los niños
POR C. SCHMIDT.

XXVIII.

EL TESORO ENTERRADO.

I. En una comarca, muy lejos de aquí, comparciere un dia delante de un juez dos aldeanos. El

—¿Alles hablo así?...
tierra, y al labrarla he encontrado en ella un tesoro. Mi conciencia no me permite guardarlo, puesto que yo no he comprado mas que la tierra, y no tengo derecho alguno sobre el tesoro.

El otro aldeano dijo:

—Pues mi conciencia tampoco me permite tomar ese oro y esa plata, porque yo no soy el que lo ha encontrado, y por consecuencia no me pertenece de ningun modo. A vos os toca, señor, decidir á quien pertenece el tesoro.

El juez respondió:

—Sé que el hijo de uno de vosotros, y la hija del otro, tienen intencion de casarse: no tenéis mas que dar el tesoro á los muchachos, á fin de que les sirva de dote y gastos de establecimiento.

Los dos honrados labriegos prometieron conformarse con este consejo, y se volvieron á sus casas llenos de contento y alegría.

El más preciado tesoro
De cuantos el mundo encierra,
Es la honra que nos da
El amor de cielo y tierra.

II. Un extranjero que casualmente se hallaba presente á este juicio, mostró la mayor sorpresa.

—En mi país, dijo, el negocio se hubiera terminado de otro modo; el comprador no hubiera pensado de manera alguna en dar ni un ochavo al otro, y por esta razon se hubiera guardado bien de divulgar el descubrimiento. Si á pesar de esto se hubiera traspirado el secreto, el vendedor se hubiera demandado en justicia y hubiera reivindicado su tesoro. Entónces se hubiera formado un proceso que habia costado más que lo que valia el hallazgo.

Al oír esto, el juez muy asombrado preguntó:

—¿Luce el sol tambien en ese país?

—Sí, señor, respondió el extranjero.

—¿Y cae tambien allí la lluvia?

—Seguramente.

—Pues es sorprendente. ¿Hay tambien en vuestra tierra ovejas y vacas?

—Tenemos numerosos rebaños de ellas, respondió el extranjero.

—Pues bien, exclamó el juez; sin duda por esos inocentes animales hace Dios que resplandezca el sol allí y que caiga la lluvia benéfica, pues los hombres no merecen sus beneficios.

IMPRESA DEL ESTADO

621